

En este volumen de relatos sobre relaciones paternofamiliares, **Erri de Luca** vuelca con acierto sus obsesiones

Historias del eterno salto generacional

por **MARTA REBÓN** En este recopilatorio de historias sobre vínculos paternofamiliares,

nos reencontramos con el Erri de Luca (Nápoles, 1950) autodidacta en varios idiomas, entre ellos el yiddish y el hebreo clásico, que aprendió para traducir el *Antiguo Testamento*. Si bien en su poesía De Luca ensalza la figura materna, en la ficción la relación de los protagonistas con sus progenitores suele ser conflictiva e indicativa de incomunicación y soledad. Como en muchas obras suyas que atraviesan y desdibujan los límites de los géneros, aquí

conviven relatos de ficción, pasajes autobiográficos y recreaciones de figuras históricas como Henryk Goldszmit, el educador infantil polaco que acompañó a los niños del orfanato a su cargo a Treblinka, o de Marc Chagall desde sus peripecias en Vitebsk hasta su consagración en París.

Su faceta de traductor se refleja en el hecho de que varios personajes lo son, así como en la meticulosidad y la intensidad narrativa con las que ahonda en conflictos extraídos de las Sagradas Escrituras como, por ejemplo, en «la más severa historia entre padre e hijo», la de Abraham e Isaac, o cuando reflexiona sobre Jesús y Dios ante el sacrificio. Además, deja constancia de su interés por las etimologías y la precisión: «Es una carga frágil, la traducción».

Si los libros más que «escribirse», como apunta el autor en el prólogo, se «cometen» a modo de un «acto ilícito», pues roban el tiempo de los lectores, aquí De Luca apuesta para su delito por la variedad compositiva desde el



ERRI DE LUCA
A TAMAÑO NATURAL
Traducción de Carlos Gumpert. Seix Barral. 176 páginas. 17,50 €
Ebook: 9,99 €

Cruda y trágica, **Claire Etcherelli** dibuja en esta obra una vívida estampa de la compleja Francia de los 50

Rebelarse contra las cadenas

por **CARMEN DE PASCUAL** Hay algo que llama la atención a lo largo de toda

la novela de Claire Etcherelli (Burdeos, 1934): los muy visibles saltos entre el «tú» y el «usted». Ese matiz empieza como puro reflejo de las convenciones sociales, pero acaba siendo un símbolo del cerca-lejos, de las distancias de todo tipo que surcan los personajes: las diferencias de sexo, de origen, de raza, de clase... Diferencias que sólo en ocasiones –por amor, por una valentía difícil de ejercer– se traspasan. Y también del viaje que la propia

Élise emprende en su búsqueda de «una vida de verdad»: de lo cercano y familiar, pero también pequeño y cerrado en la peor de sus acepciones, a un mundo con instantes «luminosos, brillantes, irradiantes, cegadores», pese al embrutecimiento y la pobreza, pese al dolor y el abatimiento.

No se trata, aun con las similitudes con la vida de la autora, del mero testimonio individual de una mujer de clase obrera en el París de finales de los 50. El contexto histórico y económico, en pleno desarrollismo industrial y con la Guerra de Argelia de fondo –un momento de frecuentes y sangrientos combates entre el FLN y el ejército francés pero también de fuerte inmigración argelina hacia el territorio metropolitano por la necesidad de mano de obra– pone los cimientos de muchos de los elementos (la inmigración, el racismo, el terrorismo, la violencia) que todavía cercan a la Francia contemporánea y es más que el marco de la novela: una ciudad en ebullición,



CLAIRE ETCHERELLI
ÉLISE O LA VIDA DE VERDAD
Trad. de Cecilia F. Santomé. Periférica. 272 pp. 19,90 €

punto de vista de quien no ha tenido hijos, es decir, de quien no conoce «el escalón profundo de la paternidad que produce el salto generacional». Uno de los relatos más logrados es el que da nombre al conjunto. En él, el retrato que hace Chagall de su progenitor se narra en paralelo al flicidio frustrado de Abraham. En otros aborda la transmisión del valor del dinero (*Lecciones de economía*), el enfrentamiento intergeneracional a lo *Padres e hijos* de Turguéniev tal como él lo vivió en 1968 (*Una expresión artística*), la culpa heredada (*El crimen del soldado*) o la pobreza infantil (*Los olvidaba yo también*).

Hallamos así una muestra representativa de las obsesiones de De Luca, como la historia del siglo pasado que marcó tanto a su padre como a sí mismo. Un siglo que, «al hacer añicos de forma masiva las pequeñas historias personales», exige ser contado «desde abajo, a través de avatares privados, no por documentos de las cancillerías». **L**

llena de las contradicciones del fin del colonialismo y del principio de la economía de mercado, de los «espejismos de la civilización». Pero en él, Etcherelli quiere que la protagonista sea únicamente testimonio de sí misma y de sus decisiones, de nadie más.

La reciente Nobel Annie Ernaux ha abanderado la denominada «escritura plana», un estilo nada estético y muy anclado en lo autobiográfico, muy cercano a la narración sociológica sin dejar de ser literario. Etcherelli no se aleja demasiado de esa escuela, una escritura que refleja la realidad incontestablemente, pero en la que, pese a practicar también la economía del lenguaje y una tendencia a la contención, no renuncia al tono íntimo, a los momentos poéticos, a la defensa rabiosa de un lugar propio en un entorno voraz e injusto en el que, tras los acontecimientos finales, el *motto* de Élise es «ante todo, no pensar», para impedir que los recuerdos la atrapen, para dejar sitio a la esperanza. **L**